

quedaban, excepto uno, á quien Dios habia conservado la vida visiblemente para reconciliar á los que querian antes de salir al suplicio. Este buen Sacerdote acertó siempre á mover la compasion, diciendo ser hijo de un hombre del campo, que acudiendo á socorrerlo al tiempo de su prision, habia sido muerto á sus pies, y que en nada estimaba ya su vida no pudiendo recuperar la de su padre; de lo qual movidos los bandidos, mudándole de trage lo sacaron. El número de víctimas queda al fin desconocido, siendo, como se ha averiguado despues, muy defectuosas las listas que se publicaron de todo género de personas. Solo se sabe que salieron libres, ademas de las mugeres, todos aquellos que se hallaban presos por delitos, prometiéndole tomar plaza al servicio de la revolucion. Queda ahora el mas horrible de todos los teatros, que es la plaza Delfina, el mismo que omitiria yo, si no viese que es muy importante que conozca todo el mundo lo que es la revolucion de un pueblo á quien enfurece el orgullo, la rebelion y la impiedad; y temeroso de no ser creido, me valdré de la relacion de un autor testigo de vista, que nos ha dado hechos averiguados para que sirvan de materiales á la historia de este siglo, baxo el título, *idea de los horrores cometidos en Paris &c.*

„En la plaza Delfina habia encendido el pueblo una grande hoguera, en que fueron quemados muchos hombres y mugeres. Entre otras fué traída la Condesa de Pérignan con sus hijas, que todas tres desnudas y untadas con aceyte fueron puestas á asar con fuego lento, danzando y cantando á grandes voces la *carmaniola* todos los verdugos al rededor, para ahogar los gritos de las infelices. La menor, que no tenia aún quince años, pedia por favor le quitasen la vida antes de ponerla, lo que oido por un jóven le disparó una pistola al corazon, y enfurecido el pueblo lo asó á él en lugar de la que habia de serlo. Luego que estuvo asada la Condesa traxeron seis Sacerdotes, y cortándole un pedazo de carne, se las ofrecieron, mandándoles que comiesen. Ellos cerraron los ojos y no respondieron palabra, lo que visto por los verdugos, desnudaron y pusieron á asar al mas anciano, y el pueblo decia entre tanto: quizá les será mas gustosa la carne de un compañero que la de una Condesa. Entónces los

cinco restantes se abrazaron y se arrojaron á la hoguera: acudieron á sacarlos para prolongar sus tormentos; pero ya los habia sufocado el humo y la llama. „

„El Lunes tres de Septiembre vino al clubs de los jacobinos un tal Philip con un caxon, y subiendo á la tribuna, despues de un largo discurso sobre el patriotismo, en que concluyó que todo patriota que prefiere los vínculos de la sangre y de la naturaleza á los del patriotismo, debe ser mirado como aristócrata, y que todo jacobino debe deshacerse de sus amigos y mas inmediatos parientes si no piensan como patriotas: al decir estas palabras abre la caja, saca dos cabezas, y presentándolas prosigue: son de mi padre y de mi madre, que acabo de cortar *por no haber podido conseguir de ellos que oigan la misa de un Sacerdote constitucional.* Nadie se horrorizó: nadie cerró los ojos: todos á una voz aplaudieron con grandes aclamaciones la hazaña, y se decidió que se sepultasen las cabezas en la misma sala baxo las estatuas erigidas allí á Bruto y á Ankerström (el asesino de Gustavo) detrás del dosel del Presidente. „

El lector dexará de mirar estos hechos como increíbles, si reflexiona sobre el carácter y las causas de la revolucion, que habiendo comenzado impía, debia seguir atroz: porque en llegando el hombre á creer que quanto sacrifica de sentimientos naturales lo sacrifica á la felicidad del género humano: en habiéndose creído á sí mismo él verdadero Filósofo y Dios de la tierra, porque para él no hay ya freno en el cielo ni en el infierno: en habiéndose dicho á sí mismo que todo el universo sea jacobino, ó que perezca todo el universo, entónces con sus derechos del hombre criado en los bosques, con su odio de Dios, Reyes, Nobles y Sacerdotes, no hay atrocidad que en su concepto lo sea. Si hay algun sofista de esta raza, á quien todavía disuene el parricidio, no habrá siquiera uno que dexese de excusarlo, como preciso para venir al fin de su revolucion. Estos hombres hacian ya una secta, y á esta secta obedecia el populacho de los arrabales, los seiscientos marseleses y los docientos verdugos. Entretanto trescientos ó quatrocientos mil ciudadanos de Paris temblando de miedo, sin consejo, sin cabeza, sin union, no tenian valor para seguir á los que querian sacarlos del abis-

mo en que los habia metido su rebelion constitucional: y unos hombres ayer triunfantes por haber derribado la bastilla, humillado al Rey, á la Corte, á los Nobles y al Parlamento, estaban hoy consternados en un triste silencio, temiendo el encuentro con los bandidos, sin arreverse á chistar de miedo de las delaciones y los municipes. De estos ciudadanos rebeldes constitucionales, unos se escondian en los rincones mas oscuros, otros aún mas cobardes, se juntaban con los bandidos á buscar nuevas víctimas, por miedo de no ser buscados ellos mismos; otros iban á ofrecer sus tesoros para oponerse al ejército prusiano, que deseaban mas bien que llegase; otros se alistaban á porfia para tener medio de salir de una ciudad que devoraba á sus moradores.

Esta era Paris en la primera semana de Septiembre; pero al fin debia llegar en breve el dia en que los autores de tales impiedades se avergonzasen de verse hechos la exécracion del género humano, y de haber podido meditarlas, combinarlas y prepararlas. Vino efectivamente este dia, que traxo consigo la division de los jacobinos. Brissot y sus jacobinos de la Gironda, apropiándose la gloria de los horrores del diez de Agosto, echaron sobre Danton, Robespierre, Marat, y sus jacobinos municipes la infamia del dos de Septiembre; pero de la historia de sus esfuerzos, y de sus complots para el dia señalado, de las cartas de Brissot á los jacobinos, de las de Louvet á Robespierre, y de los hechos mismos se demuestra, que de una misma conspiracion, unida todavía el diez, salieron ambas obras, concertadas entónces, y executadas luego por los municipes que establecieron ellos mismos. En el mismo dia diez de Agosto estaban ya hechas y pasadas á manos de los bandidos las listas de los Sacerdotes que debian ser degollados, de lo que no puedo dudar, que vi en la misma noche llegar á mi casa un hombre y decirme: he sabido que estaba en la casa del ayuntamiento una lista de proscripcion contra los Sacerdotes, y el afecto que os profeso, no obstante la diversidad de nuestras opiniones, me ha obligado á hacer diligencia por leerla: la he leído en efecto, y á pocos renglones he visto vuestro nombre: me he apresurado á buscaros, no tardeis vos en salvaros. En efecto comenzó al dia

siguiente la pesquisa, y al otro dia vino á mi casa. Esta prision de los Sacerdotes no tenia ciertamente por objeto su deportacion, que sin prision se hubiera hecho mas facilmente, deseándolo ellos mismos, y aun solicitando los pasaportes que constantemente se les negaron. ¿De qué sirve pues, decir que fué esta matanza efecto de una súbita insurreccion que ninguna autoridad pudo prevenir? Y en una ciudad donde habia sesenta mil hombres sobre las armas, quarenta y ocho sesiones permanentes, el senado nacional, y el consejo municipal en sus juntas, ¿qué quiere decir treinta asesinos que se ponen á degollar en el Carmen por tres horas, y que comienzan el dia siguiente en San Fermin, para no poder impedirlos? Y mas quando van luego á pedir á las autoridades públicas sus pagas, y legalmente las reciben, como es constante (sin hacer caso de lo que dexamos ya referido) segun nos cita Louvet, uno de los legisladores, el pago hecho por mandato municipal concebido en estos términos: *se ordena á Mr. Vallé de Villeneuve* (tesorero de la ciudad) *pagar á los quatro dadores de este la suma de doce libras á cada uno por la expedicion de los Sacerdotes de San Fermin.* Es constante pues, que estos asesinatos filosóficos se concertaron el diez de Agosto en la conspiracion combinada con tanta maldad entre las dos castas de verdugos filósofos y municipes.

Es cosa bien sensible para un historiador haber de traspasar á la posteridad la memoria de la atroz serenidad del filosofismo ordenando y pagando legalmente la carniceria, que llama expedicion de los Sacerdotes; pero es preciso dar á conocer lo que son las revoluciones, y lo que es esta filosofia, que en virtud de la igualdad y derechos del hombre, pone la autoridad pública en manos de la turbamulta, que se quiere llamar pueblo, cuya sangre fria en medio de los mayores horrores y serenidad de conciencia, ahogados ya con la impiedad sus remordimientos, es el efecto y la práctica de la teoría de Condorcet, Petion, Barnave, Brissot, de todos los impíos del dia, y de aquel Rousseau de Ginebra su maestro. Ni bastó á los municipes, hechos ya feroces por el filosofismo, haber obrado así en la capital; sino que por los mismos dias enviaron á las provincias un escrito baxo el sello de Danton, en nombre de todos los mu-

nícipes que allí se expresaban, que eran Duplan, Panis, Sargent, L'Enfant, Jourdevil, Marat, Forges, Le Clerc, Celly, constituidos por el comun, y juntos en sesion, como administradores de la salud pública, y decia asi: »El comun de Paris »ufano con toda la plenitud de la confianza nacional, que siempre se esforzará á merecer mas y mas, colocado en el focus de »todas las conspiraciones, y determinado á sacrificarse por la »salud pública, no se gloriará de haber llenado cumplidamente »sus obligaciones, hasta obtener vuestra aprobacion, que es el »objeto de todos sus deseos, de la qual aprobacion no estará »cierto sino sabiendo que todos los departamentos han sancio- »nado las medidas que acaba de tomar para salvar la causa pú- »blica. Este comun pues, se apresura á dar parte á sus herma- »nos de todos los departamentos que una parte de los feroces »conspiradores *ha sido ya entregada á la muerte* por el pueblo; »*actos de justicia* que le han parecido indispensables para con- »tener con el miedo á los traidores ocultos, que están dentro de »sus muros en la ocasion de ir á marchar contra el enemigo. »Y sin duda la nacion entera despues de la larga serie de trai- »ciones que la han puesto á la orilla del abismo, se dará priesa »á adoptar este mismo medio tan necesario para la salud públi- »ca, y todos los franceses clamarán como los de Paris: mar- »chemos al enemigo; pero no dexemos á la espalda estos asesi- »nos, que quieren degollar á nuestras mugeres é hijos.»

Así querian estos humanos filósofos, que tanto censuran de intolerancia y crueldad á los católicos, añadir á la sangre ya derramada la de tantos millares de Sacerdotes como estaban amontonados en las cárceles de Mans, Dôle, Angers, Laval, y las demas ciudades. Estos monstruos llamaban conspiradores feroces á aquellos á quienes habiendo sorprendido y apoderándose de todos sus papeles, no han podido hasta ahora producir ni una ligera prueba de conspiracion. Ni tampoco les bastaba esta exhortacion, sino que querian hacer todos los asesinatos por mano de sus propios verdugos. Habia remitido la asamblea al tribunal de la alta justicia establecido en Orleans cincuenta y siete personages, objetos tambien del furor de estos municipes; y pareciendo á su furor demasiado lento y poco sanguinario

aquel tribunal, fueron conducidos á Versailles. Era el mas visible de ellos el Duque de Brissac, resto de aquellos antiguos caballeros cuyo valor y fidelidad eran la gloria y el decoro de la monarquia francesa. Con él estaban veinte y siete oficiales del regimiento de Cambresis, dignos de padecer por la misma causa, muchos de los quales contaban cincuenta años de servicio. Estaba tambien el ex-ministro Delessart, triste víctima de su honradez, ó de su ineptitud constitucional, á quien el zelo de las leyes de Camus y Target no pudo defender de los furiosos de Fauchet y Brissot. Pero particularmente era de este número Mr. de Castellane Obispo de Mendes: este Prelado, en fuerza de mucho zelo, conservaba casi toda su diócesis libre del cisma y de los errores del dia; y haciéndolo mas respetable la comparacion de sus virtudes con los vicios del intruso usurpador de su silla, no podia ser perdonado por los jacobinos. Estos y el intruso, empeñados en separarlo de sus ovejas y perderlo, no hallando calumnia á que poder dar algun color, se valieron del pretexto de haber contribuido con la suma de cincuenta libras para el sueldo de las guardias nacionales establecidas en Mendes como en las demas ciudades, á que le pidieron los colectores que acudiese con su parte como los demas ciudadanos. Acusáronlo pues, á la asamblea como fautor de una tropa contrarrevolucionaria, porque aunque era de guardias nacionales, no iban á la misa constitucional. Instáronle entonces sus amigos á que saliese del Reyno, y ya iba á ejecutarlo, quando fué preso y conducido á Orleans.

Llegaron pues, todas estas víctimas en carros á Versailles, escoltados por una guardia numerosa, y fué señalado por los ya dichos verdugos el lugar en que debian ser asesinados, Brissac y sus compañeros, donde correspondia que lo fuesen, delante del palacio del Rey. En quanto al Obispo, esperaba la muerte, y la recibió como el Arzobispo de Arles, en pie y sin hablar una palabra. Tambien tenian los de Versailles sus Sacerdotes presos en la caballeriza de la Reyna, que eran los de la parroquia de San Luis, Mr. Gallois, Sacerdote de la Mision, y otros Curas y Vicarios de las cercanias en número de siete: fueron allá los verdugos á descansar de la execucion de los de Or-

leans, y los degollaron á todos, siendo esta la celebridad de la octava de los Mártires del Cármen.

A diez leguas de Paris habian ya seguido otros el exemplo y exhortacion de los municipales. El Corregidor de Meaux, como sabedor del dia destinado para el sacrificio, habia dexado hácia fin de Agosto desmandarse la canalla en busca de Sacerdotes no juramentados. Íbanlos trayendo á su tribunal, y el digno émulo de Pethion, fingiendo no tener parte en su captura, les pedia, para saber si debia soltarlos, el juramento constitucional: los Sacerdotes lo negaban, y él mandaba retenerlos. De esta suerte tenia preso á su propio Cura, un Sacerdote de la catedral, y á otros cinco Curas ó Vicarios. Llegaron allí el 4 de Septiembre algunos de los guardias de Paris que habian asistido á la execucion del Cármen, y queriendo hacer como habian visto, juntaron á otros de su jaez, y fueron todos juntos á la cárcel: hiciéronse abrir las puertas, llamaron primero al Cura de San Nicolas, y haciéndose uno de ellos xefe, juez y verdugo, despues de haberlo llenado de injurias y vomitado muchas blasfemias, lo derribó de un golpe de maza en la cabeza, y los demas lo acabaron con las picas y sables. Acudieron algunos oficiales municipales á salvar á los otros; pero ya era tarde: todos fueron sacrificados, y con tal furor, que costó mucho trabajo al enterrador recoger las cabezas, miembros y entrañas esparcidas. Junto con estos mataron á otros, que eran seglares, y como en Paris, libraron á aquellos que juzgaron dignos de unirse á su causa.

En Rheims, á quarenta leguas de Paris, se juntaron quinientos bandidos con el nombre de marseleses el mismo dia dos de Septiembre para los mismos horrores. La primera víctima fué un oficial del Correo, odioso á los jacobinos porque no queria dexar su Religion por la de los falsos pastores: el segundo el maestro de postas Mr. Guerin, hombre íntegro que jamas quiso prestarse al intento de ellos de abrir las cartas, ni seguir los alborotos de sus clubs: el tercero fué el venerable Montrozier, que fué Teniente de Rey en Lila, entónces de setenta años, que viviendo retirado con su muger, ageno de todos los tumultos del mundo, con solo el cuidado de su salvacion, siéndole intimado

el juramento de la libertad é igualdad revolucionaria, eligió como héroe christiano la muerte, que habia aprendido á no temer en muchas batallas. Le fué cortada la cabeza, ya cana, y puesta sobre una pica á la puerta de una ciudad tan estimada de los Reyes de Francia, como que en ella son ungidos: despues la pusieron en el suelo en el camino de Paris, y arrojándola adelante con el pie, le decian: *ve á buscar al Rey.*

Pero Sacerdotes era lo que querian estos patriotas, y no habiéndolos presos en la ciudad, se habian tomado las providencias para que no les faltasen. A poca distancia de Rheims, en Montchenaux, vivian dos Eclesiásticos, mas unidos aún por la fe y demas virtudes que por la amistad: uno era Mr. de Lescure, Vicario general, estimado del Obispo y de toda la diócesis, el otro M. le Vacher, canónigo el mas antiguo de la catedral. Habian trabajado mucho los jacobinos para hacerlos sospechosos á aquellas buenas gentes, y no habiendo podido lograrlo, vinieron los rústicos de unas aldeas vecinas, que cercándolos, les pidieron el juramento, ó ir presos á la ciudad: vamos, dixeron, y por todo el camino se fueron preparando para el combate, que no fué largo, porque al punto que fueron presentados ante las casas del ayuntamiento, el uno fué muerto á bayonetazos, y el otro, levantando las manos al cielo, fué echado sobre su amigo, y espiró á puro golpe de palos. Apénas acabaron estas dos víctimas, quando los clamores de *viva la nacion*, anunciaron otra mas venerable aún, Mr. Pacquot, Cura de San Juan, por sus años el decano de la christiandad, y por sus virtudes el Sacerdote por excelencia, conocido de todos por el nombre de el Cura santo. Habia pedido á Dios instantemente acabar su vida con el martirio, y parece haberle revelado su Magestad el efecto de su peticion, porque entrándose repentinamente en su oratorio los que fueron á prenderlo, lo hallaron de rodillas acabando de rezar sobre si mismo la recomendacion del alma: levantóse y fué con ellos rezando pacíficamente salmos: llegado delante del ayuntamiento iba á recibir el golpe de la muerte, quando saliéndole de su sitio el Corregidor, que queria librarlo, dixo á los verdugos: "¿qué vais á hacer? Este hombre está decrepito, y el fanatismo lo ha acabado de sacar de juicio: no es digno em-

» pleo de vuestra espada. » A estas palabras replicó el santo Sacerdote: » No, Señor, no estoy decrepito, ni soy fanático, » hacedme la honra de creer que jamas he estado mas en mi » juicio: estos Señores me piden un juramento que yo no puedo » hacer, ó que muera: yo elijo la muerte, detestando el juramento. Me parece, Señor, que son bastantes señas de mi presencia de espíritu, y que sé lo que me digo. » Retiróse el magistrado confuso de su falsa piedad, y Mr. Pacquot entonces pregunta á los presentes: « ¿Quién de vosotros es el que me ha » de dar la muerte? = Yo, dixo descaradamente uno á quien el nombre de ciudadano debia no permitir hacer oficio de verdugo: » Permitidme, pues, que os abraze, y luego que me ponga en » postura reverente para hacer á Dios mi sacrificio. » Abrazóle, arrodillóse, pidió á Dios perdon para sí y para sus verdugos, y recibió del ciudadano, indigno de tal nombre, el primer golpe, del que cayó, y los demas lo desquartizaron con los sables.

El mismo dia fué descubierto Mr. Suny, Cura de Rilly, refugiado en Rheims por la persecucion que los jacobinos le suscitaron en su parroquia, hombre ya octogenario. Pidióle limosna un mendigo, que recibiendo diez libras de ochenta que le quedaban, fué al momento á delatarlo: traxéronlo al mismo sitio, y le dixerón los municipales: » Señor, tenéis la vida en vuestra » mano, haced el juramento, y sois libre. = ¡Ah Señores! respondió: he tenido la desdicha de hacerlo; pero Dios misericordioso me dió aliento para retractarlo: le he dado mil veces gracias por ello, y al presente me tengo por dichoso en » dar la vida para reparar mi escándalo: experimento en este » instante que Dios me esfuerza, y estoy pronto á morir primero que recaer en mi pecado. » Dixo, y yendo á morir lleno de humilde compuncion y de gozo, cayó sobre el Pastor que le habia precedido. El Martes 4 de Septiembre fueron traídos al mismo campo de batalla Mr. Romain, uno de los Sacerdotes mas edificativos, Cura de Chêne, y Mr. Alexandro, Canónigo de San Sinforiano. El primero fué muerto luego atravesado de bayonetas, el segundo herido ya, pero vivo aún tenia bastantes fuerzas, quando ocurriendo á los verdugos, como habia ocurrido á los de Paris, que era este suplicio demasiado blando, parten

á las casas de los católicos mas conocidos, y sacando por fuerza copia de leña, hacen á toda priesa una hoguera: quando ven levantarse mas la llama, arrojan á ella la víctima aún viva, que tres veces rechazada de la misma fuerza del incendio, tres veces la vuelven á empujar con las bayonetas, y durante este espectáculo no cesaban de cantar *za irá, za irá, viva la nacion.*

Al dia siguiente, sosegado ya el furor, sintió el mismo populacho sus remordimientos, y quedó algun tiempo confuso y consternado; pero ¿qué es la confusion y consternacion del populacho, que no vuelve de su delirio sino para entrar en otro? Buscaron al malvado mendigo denunciador, y cargando sobre él toda la culpa, lo quemaron vivo.

A cien leguas de Paris debia tambien ser la ciudad de Leon teatro de tales escenas. Por fortuna no dominaban allí tanto los jacobinos, y aunque no faltó persecucion; pero por lo general los leoneses no eran tan esclavos del gran club. No ignoraban esto los jacobinos de Paris, y el dia que fuí yo presentado á su tribunal, mientras esperaba mi sentencia, dixo uno de estos jueces, que era menester para castigar á las ciudades de Ruan y Leon enviar gente armada, y conforme á esto enviaron á Leon para el dos de Septiembre algunas compañías de bandidos; y con todo, el suceso, aunque horrible, no fué tal qual se lo habian prometido Danton y Manuel. Muchos de los municipales leoneses se atravesaron entre los verdugos y los presos, ofreciendo sus pechos á los aceros para que no cayesen sobre los inocentes; y gracias á este zelo, en lugar de millares de víctimas, especialmente Sacerdotes, que traían designados, murieron á sus manos solos cinco de ellos; pero para compensarse en parte de los que les habian arrebatado de las manos, les cortaron todos los dedos á los que habian degollado, y ensartados en un hilo, los colocaron como guirnalda en el paseo de Belle-Court. En otras muchas ciudades quedaron igualmente frustradas las esperanzas de los jacobinos de hacer otra matanza como la de Paris; pero esperaron suplir esto por el modo de executar el decreto de la deportacion: porque debiendo ir todos con pasaporte en que constase la causa de su destierro, y conociéndose por este medio los no juramentados, se lisongeaban que les seria muy

dificil á estos Sacerdotes llegar á las fronteras sin pasar por algunos clubs sanguinarios. Tan asegurado de esto estaba Manuel, que llamaba á estos pasaportes *billetes de muerte*: y aun estos billetes de muerte se negaban á aquellos á quienes se quería tener mas seguramente debaxo del cuchillo. Hubo muchos que precisados á salir por el decreto, é imposibilitados de efectuarlo por negarles el pasaporte, eran precisamente reos: y de los que se hallaron en esta infeliz situacion, conozco particularmente uno, que soy yo, cuyo caso hallándolo Pethion dificil de resolver, mandó que me presentase á su audiencia; pero Dios dispuso salvarme por otros medios. ¿Qué espectáculo ofrecía la Francia durante el mes de Septiembre, en que generalmente se dieron estos pasaportes! Ver en un reyno ayer Christianísimo, que ni conocia ni seguia otros Pastores que los legítimos de la Religión christiana; hoy echando y persiguiéndolos por todas partes; cubiertos todos los caminos de Cardenales, Arzobispos, Obispos, Curas, Sacerdotes de todas las órdenes en número de cincuenta mil, saliendo de todos los puntos, adelantándose hácia todos los puertos y fronteras, volviendo á dar tristes miradas sobre sus iglesias, hechas sillas de apóstatas, ó convertidas en establos y peores destinos, perseguidos en la misma fuga de la idea de un Rey objeto de su fidelidad, de una Reyna, de unos Infantes, antiguo centro de su amor, que quedan en poder de unos asesinos, de un padre, de una madre, de unos hermanos, parientes, amigos, que dexan á merced de feroces clubs en una horrenda anarquía, y sobre todo de unos feligreses entregados á lobos, dando los unos alegremente en el cisma, llamando otros en vano y siguiendo con los ojos á sus Pastores verdaderos: temiéndose que con sus ministros sale tambien desterrada para siempre la fe, y pensando si estan en el caso del mandato de Jesuchristo, de sacudir sobre la rebelde tierra el polvo de su calzado; pero esperando por otra parte mejor suceso, y pidiendo para todos mas próspera suerte y mejores pensamientos.

Pero muy distintas eran las ideas de los jacobinos, y segun tomaron las medidas, solo una providencia particular de Dios pudo hacer que no hallase la mayor parte de estos Ecle-

siásticos su sepulcro en el camino; pero no dexó de regarse con mucha sangre. En la Normandia, yendo hácia el puerto Mr. Pinnerot, Cura de Chalange, diócesis de Seéz, Mr. L' Oifeau, Vicario de San Paterno, diócesis de Mans, Mr. l' Lievre, Sacerdote de San Pedro de Monfort, y otro Sacerdote sobrino del primero, fueron detenidos por un centinela: mostraron el pasaporte, y viendo que eran Sacerdotes, se les pidió el juramento, y á su respuesta de que por no hacerlo iban desterrados, gritó el populacho: estos son refractarios, y á golpes mató á dos de ellos: los otros dos, ya bastante molidos, fueron arrojados al agua: volviendo sobre ella despues de hundidos, les dixerón *jurad, y os sacaremos*, y diciendo ellos *no podemos, no juramos*, los volvieron á hundir, y sacándolos de nuevo ya medio ahogados, vueltos á intimar, y hallados en medio de aquella fatigamas constantes, los hunden de nuevo, teniéndolos debaxo del agua hasta que quedaron ahogados. Cerca de allí fueron degollados otros tres por la misma causa. Casi en el mismo dia fué detenido en su viage el Cura de Baroche cerca de Alençon por los paisanos de Orbec. Por mas que se empeñaron los municipales en su favor, lo llenaron de estocadas, y un granadero, con la compasion del dia, porque no penase mas, le atravesó el corazon. Luego los espectadores le cortaron la cabeza, la llevaron un buen trecho y la dexaron en medio del camino. El mismo dia llegó allí á pedir su pasaporte Mr. Nicolas Bené, Cura de Lymais-les-Mantes, diócesis de Chartres, y el pasaporte fué matarlo allí mismo. Cerca de Aliqueville pidieron á Mr. Quesnel, Sacerdote de la parroquia de Bolbec, que exhibiese el suyo: sacólo, y al irlo á entregar le cortaron de un sablazo los dedos para recibirlo. El nueve de Septiembre fué obligado Mr. Bessin, Cura de Sommaire, á dexar su parroquia por negarse á hacer el juramento: se presentó despues para pedir su pasaporte en cumplimiento del decreto de la exportacion: acudieron los bandidos, y creyendo el distrito librarlo con ponerlo en la cárcel, forzaron las puertas y lo desquartizaron, echaron luego un brazo al rio, esparcieron en diferentes partes los otros miembros, y dexaron el tronco al pie del arbol de la libertad. En Autun, preso por el populacho uno de los Curas, y llevado al Corre-

gidor, le aconsejó éste, no que hiciese el juramento, sino que permitiese que él dixera al pueblo que ya lo había hecho, y el Cura respondió: si tal haceis, me será preciso desmentiros, porque no me es lícita tal simulacion. Necesitaba la ciudad de Autun este exemplo para desquite del escándalo de su grande apóstata y mal obispo. El Cura fué mártir, y el apóstata lleva aun hoy sobre sí el perjurio y la ignominia. Del mismo modo murieron otros muchos; pero no eran estas víctimas dispersas lo que deseaban mas los jacobinos, sino matanzas y hecatombes, y así abriendo las cárceles sembraron el furor en los pueblos adonde llegasen estas colonias de deportados.

De los que se embarcaron en los puertos del Medio día, unos vieron la artillería asestada para echar á fondo los buques; otros, á quienes el mal tiempo forzó á arribar á Tolon, al punto que anclaron fueron encerrados en la bodega, donde no se les permitió respirar hasta al cabo de tres días, para ser registrados y robados al tiempo de partir, dexando á cada uno solas diez libras. El diez y nueve de Septiembre al tiempo de salir del canal de Aguas muertas cincuenta Curas y Vicarios, entre los que había algunos de ochenta y de noventa años, en el bastimento del corsario Pesqui, se dexó abordar de otros dos tripulados de bandidos, que dando sobre los Sacerdotes, los registraron hasta tres veces, les quitaron casi toda la ropa, y no dexándoles ni un asignado, los encerraron en la bodega, donde sin respiracion comenzaron á oír despues golpes de hachas sobre el costado para echarlos á pique, lo que hubiera sucedido á no salir reclamando el daño de la embarcacion su dueño. Ni eran menores los peligros de los que huían por otros departamentos, algunos de los quales, como el de la Costa de oro, exáltados por Danton, se habían hecho por sus crueldades famosísimos. Treinta y cinco Eclesiásticos que habían salido de Chartres, llevados por guías pérfidos, llegaron á Dreuz. Al entrar se comovió el populacho, pidiendo su muerte. Por fortuna no era Pethion el Corregidor, ni Manueles los municipales: juntaron sus guardias, y á pesar de la lluvia de aquel día los escoltaron gran parte del camino: seguialos no obstante la multitud buscando ocasion de acometerlos, hasta que arreciando la lluvia, se dis-

persaron. Entónces, creyéndolos ya estos buenos ciudadanos seguros, se retiraron encargando á sus conductores que apresurasen el paso; pero volvieron los bandidos, y tocando tambien á rebato las aldeas cercanas, dieron sobre ellos y los llevaron presos. Quiso, no obstante, Dios amansar estas fieras á vista de la paciencia y mansedumbre de sus Confesores, y despues de haber estado mil veces á punto de ser sacrificados, fueron dexados libres, y prosiguieron su camino.

En medio de este populacho sublevado se dexaban distinguir hombres de otra clase fomentándolo y enardeciéndolo: eran ciudadanos decentes y conocidos, y mas freqüentemente sacerdotes juramentados é intrusos, que no pudiendo sufrir la gloria de los Confesores, cuya constancia en el despojo y destierro condenaba su avaricia y cobardía, olvidados hasta de la decencia de su estado, se mezclaban entre la soldadesca desenfrenada contra el verdadero Sacerdocio. Habíanse visto ya hasta sus nuevos obispos entrar en la formacion á hacer exercicio con las tropas calvinistas, y venir con la guardia de San Fermin sacerdotes juramentados con el uniforme militar á turnar con los bandidos, haciendo centinela en las puertas de aquella cárcel de Sacerdotes santos; pero el momento de la exportacion acabó de manifestar qué género de sacerdotes eran los de la nueva iglesia. Llegaron á Port-en-Bessin ochenta Eclesiásticos, que se acogian á Inglaterra al mismo tiempo que se acercaba la nave que había de conducirlos: creíanse en seguridad baxo la salvaguardia de la ley, quando apareció un tal Launes, cura intruso de Vaucelles, con seis soldados, en traje militar él tambien: preguntó en tono fiero con qué designio venian en tanto número á un pueblo tan corto: los Sacerdotes le expusieron modestamente el objeto de su viage: les pidió los pasaportes, y suprimió muchos de ellos diciendo ser dados inválidamente. Entretanto suena y se extiende por toda la comarca el rebato, porque había echado voz el malvado de que en la embarcacion que estaba á la vista venian trescientos ingleses á quemar el puerto. Acude el paisanage armado, y el intruso, soldado y cura á un tiempo, dexando á los Sacerdotes en buena guardia, convoca una especie de consejo de guerra, cuya primera resolucion fué ordenar

echar á pique con la artilleria el buque que se acercaba. El patron, que advierte los movimientos, el rebato y la gente armada, se mantiene fuera de tiro, y entretanto el intruso comandante, conforme va llegando la gente, les muestra los pretendidos ingleses: creenlo, siguen todos el impulso que él les da, y se preparan para sacrificar á los Sacerdotes, diciendo que cada compañía al retirarse debe llevar una cabeza en señal de su triunfo. No se espera mas que la resolucion de un nuevo consejo de guerra, quando acudiendo un comisario enviado de Bayeux, no pudiendo asegurarlos por mas cargos que les hace de la ley, los acomete por medio mas eficaz, diciéndoles, que si procedian á la matanza, los mas atrevidos se llevarian lo mejor del botin, en vez de que registrándolos bien á todos, se repartirian con equidad, y una vez desnudos los infelices, era mejor dexarlos vivir, y que fueran adonde quisiesen. Parecióles bien, y procediendo al registro, se rasgaron, hasta á los mas ancianos y quebrados, los vendages, no siendo de los mas comedidos el sacerdote militar, que en la decorosa accion no tuvo respeto alguno al pudor, siendo tambien uno de los registrados el verdadero Cura cuyo lugar usurpaba. Dexados entónces libres, pero sin una moneda, arribaron al lugar de Berniere, donde reynaba aún la caridad, y allí es inexplicable el empeño de todos los vecinos de toda edad y sexó en socorrerlos, alojándolos á porfia cada qual, atareándose las mugeres en hacerles ropa, juntando dinero los hombres, contribuyendo hasta los mas infelices, abriendo una subscripcion, y saliendo á pedir por la comarca, queriéndolos retener consigo, hasta que llegado el día preciso del embarque, los acompañaron á la orilla, derramando lágrimas, donde se mantuvieron, hasta que dando ya la vela, rogaban con clamores al cielo su próspero viage. Con la misma caridad socorrieron estos christianísimos vecinos en medio de sus cortos haberes hasta mil y docientos Sacerdotes en otras ocasiones, siendo estos los preludios del bien que les aguardaba en la mas humana y generosa de todas las naciones, de la que estos y algunos otros franceses eran émulos en medio de las atrocidades de la revolucion.

Semejante humanidad hallaron otros en Dieppe, en Ruan, en Havre y otras partes, y sobre todo en Grandville ex-

perimento quanto cabe de estos buenos officios. Otra colonia de Sacerdotes que llegaron de las prisiones de Domfront, en la baxa Normandia, donde estuvieron mil veces amenazados de la horca, habiendo llegado los bandidos que los guardaban hasta haber quitado las cuerdas de las campanas, y probádoselas al cuello para ensayo. Estaba ya decretado el día de la execucion general, y el populacho amotinado por los jacobinos no esperaba mas que la luz del día, quando un municipe mas humano, llamado Tourneur la Vanniere, tuvo la prevencion de hacerlos salir á media noche con una brigada de escolta. Partieron con ella, y en el camino se les ofrecieron las escenas mas opuestas, porque en unas partes el paisanage compasivo queria embestir con la escolta para librarlos, y ellos tenian que predicar á estos protectores, alegando los motivos de la Religion para contentarlos; en otras por el contrario los defendia de la desenfrenada multitud su guardia. Pero todavía hubo de costar mayores esfuerzos salvar la colonia de los deportados de Ruan del complot tramado por los jacobinos en Quillebeuf, por no haber tenido quanta influencia necesitaban en aquella capital. Habian puesto carteles en ella tres armadores, anunciando que estaban listos para Ostende, ofreciéndose á llevar á los deportados. Particularmente el capitán Duchesne prometia no arribar á parte alguna haciendo juicio de estar en Ostende en ocho dias á mas tardar, y añadía, que tenia provisiones hechas para medio mes, y estaba pronto á llevar y dar de comer á todo Sacerdote que quisiese ir con él por ciento y cincuenta libras. Con esta noticia se embarcaron como docientos y treinta, y entre otros se ajustaron con dicho capitán segun su propuesta cincuenta y seis. Partieron el tres de Septiembre, día en que habia llegado la noticia del suceso de Paris. Apenas anduvieron algunas leguas quando ven acortar de vela sin causa: el capitán salta en tierra, y no vuelve á bordo hasta el día siguiente, dando á todos las reprehensiones que merecia él, diciendo que no tenia víveres, y que era menester arribar á muchas partes del rio para hacerlos. Tantas son las demoras, que el siete se hallan aún á vista de Quillebeuf á siete leguas todavía de la salida al mar, y aún allí es menester aguardar la hora de la maréa.